

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO, EN GABRIEL MIRÓ

“Tío Guillermo destacaba, resplandecía sobre todas sus memorias...”

(Las cerezas del cementerio)

POR supuesto que nos vamos a referir a esas viejas costumbres, todo ese mundo de expresión folklórica que radica en el gran escritor alicantino que, acaso como nadie, sintió la llaga de la luz levantina, el sol abrasador que pinta con su pincel rotundo y fresco, todo el paisaje de la huerta, campo y mar al que estamos acostumbrados. Del sol sentido como brasero, como hoguera fogosa que quema al andar, ya se da en el murciano barroco, Polo de Medina, ese sol que surge en los matices seculares de nuestros más gozosos lienzos pictóricos a lo largo del XIX. Gabriel Miró, que supo andar y ver como Ortega, caminar a los lomos de una mula, fundirse en los requiebros del camino hacia los menudos paisajes cuajados de caseríos impolutos, de ceremonias costumbristas, entona su latido en la señal de su pluma sin contaminar, la mejor prosa, precisa y profunda, sin la retórica ni el tropo fangoso, pero sí ejemplar y hermosísimo cuando apura el sentido de la descripción de la luz sobre tapiales ..”cuajados de infinitos puñales de sol..”. De nuevo el sol casi insoportable de los mediodías en los pueblos cercanos a Alicante, en torno a Orihuela, señalando la Vega Baja del Segura.

Gabriel Miró realza el regusto del intimismo, como universo cerrado, que diría Octavio Paz, a través de la experiencia de Sigüenza, personaje recolector de impresiones y evocaciones, vividas, experimentadas, taladradas a su memoria, recreadas al pasar por los colores y olores de su

infancia..., saboreando desde su tiempo acaso presente o eterno, el misterio de la suave tarde del crepúsculo cuando se acaba la tarde y se recogen los gorriones, llenándose el aposento de: “..magnolias y acacias..”, y es cuando retumba en su espíritu la eclosión de un ayer lejano. El crepúsculo siempre otorga el latido de lo sensible. Es un paisaje nuestro. Nunca el paisaje se hace dueño de uno como cuando se domina el sol decreciente sobre el horizonte... También Bécquer gustaba de los horizontes sin límite, crepusculares, grises, no como el gris plata del espejo en la prisión de Larra...

Es lo entrañable vivido en lontananza, en la casona, en el lagar junto a los suyos, cerca de las figuras y el gusto de un vaso de vino tinto, llenándonos del aire del patio y del sabor del agua del botijo (presiento este silencio adorable en imágenes de mi niñez en el rincón de La Alberca murciana). Aire de monte, aroma de geranios y al fondo una loma azulada, como el monte ..”zarco y remoto..”, cuando huele la noche a “..mujer hermosa”, o está el mar: “blanco y quieto”, en una tarde serena y feliz de una marina desde los Urrutias, con sensación personal.

Al autor de “Años y Leguas” le gusta desempolvar sus ricos tesoros ocultos, los que posee Sigüenza rebuscando el tiempo perdido, arrugado y trasnochado, pero evidente como el olor de azahar en primavera huertana, tomando nota de su tiempo, un pasado que vuelve a renacer por la profusión de los contactos y las sensaciones, atisbando el silencio de los paisajes. En el silencio de la naturaleza se aprieta la calidad de lo eterno, de aquello que forma parte de nosotros mismos, y así cabe otear-

se una palmera, un camino, calle amplia que acaso es desconocida, pero que cobra su renglón de intensidad, como un milagro nacido al azar, como la visión de un fragmento de paisaje, simplemente las: “negras lanzas de los cipreses..”, tantas veces vistos, casi tocados en penumbras de atardecer como el color de los lienzos tristes de los museos románticos.

Hay una sensualidad en el mirar desde dentro, en la copulación con el aire, con el círculo del árbol, el arco doblado de una palmera, que se nota desde los parajes levantinos, se suman a los espacios de la huertanía, vibran en sus fieles aposentos, quedándose y enamorando al contemplador. La palmera es de sagrada casta corámica. Mirar una palmera doblada es estremerse.

A veces es la contemplación de un caserío blanco bañándose en los: “juegos verdosos de los viñedos”, como tantos oteados desde nuestros viajes por pueblos y páramos, color de olivo y sol de cincel de mármol de oro. Ese sol que ..”pasa locamente...”, sobre los postigos de los balcones, posándose en el cerro de una loma... Perfecto encuadre para un lienzo de Mir... Puede ser el brillo de las cañas, como las que merodean en torno al río, nuestro río que fuera antaño de cristal, hilos de cristal en el tropo de Polo de Medina, pero que en Miró trasluce en “varas de plata”, en ese pasar del sol encendido, recalcando su presencia en el cabrilleo del instante fugaz, que queda ahí sedimentando la vivencia... Consolidación del tiempo en el signo de sus formas efímeras que se delatan en un irse o quedarse para la lisonja y la pincelada momentánea, como en trazo de Monet, como ese pasar de la: “luz teñida de verde por el ramaje tierno de una acacia..”, lo que pueda ser una simple pince-

lada sorollesca desde una mirada de jardín inédito.

Sensibilidad en fluencia constante que apura la raíz del tiempo, que lo observamos en la calidad proustiana cuando evoca los rumores de todos los vientos pasados, en esa: “perenal sonata, suave y profunda, del pinar, que parece guardar los rumores de todos los vientos pasados”. Este sentido, lo suscita el mismo comentarista, Baquero Almansa.

Se da en Miró un sentido estético del mirar, del saber otear los grupitos de casas blancas en torno a Alicante, aunque recree como el autor de los Placeres y los Días, sus mismos lugares y sitios a través de Félix, como Posuna con su torre y la campana volteando al atardecer (tiene que ser el sonido del crepúsculo), sobre el valle de la Olmeda ahocinándose al caer de la tarde, señalando el “casal blanco”, como una “reliquia de nieve olvidada”. Es la poesía pura anidando entre frases y miradas de paisajes, sintiéndose desde el interior del hombre, amándose la tierra y tratando la escena costumbrista, buscada en el tiempo perdido, junto al monasterio de Benferri para atizar el alma con el canto de la Virgen:

*“Salve Virgen Pura,
Del Cordero Madre,
Salve Virgen bella,
Esperanza nuestra.
¡Salve, salve salve!”*

Se asume la vida entrañable desde la oración del encuentro y el sentido de lo folklórico religioso, que en Miró es básico. Valga recordar esta rememoración de pieza religiosa en la costumbre de los rústicos pastores que iban, las noches de los sábados, desde Posuna y cruzaban los cam-

pos, pidiendo para la fiesta de la Concepción, el ocho de diciembre, y andaban con: “burrico, pendón y ciriales”. Algo que ha desaparecido, pero el escritor provoca en sus personajes indagar en esos usos viejos, arcaicos, en esas ceremonias levantinas de índole mariana, como la Romería de la Virgen de Allozo, en Agrés, que ha servido para que se tomen notas sobre ello y se investigue sobre este festejo que celebran los habitantes de Agrés en el último sábado agosteo¹. No desatiende las ancestrales ceremonias levantinas sobre bodas y fallecimientos, que aún se siguen en determinados lugares, de la zona alicantina y murciana; ni pasa desapercibido el tiempo murciano de la célebre “matanza del cerdo” en época navideña, con su peculiar rito digno de recuperar en cada uno de sus actos. Ni siquiera pasa al olvido aspectos tan costumbristas, perdidos ya, de la faena de sacar la nieve de los clásicos pozos de “encerrarnieve” y que en las fiestas septembrinas, el sereno del lugar bajaba de la Cumbre, o aquellas garbosas figuras de mujeres que portaban el alcahaz o cogían la colodra, utensilio con el que daban de comer a las aves del corral. Todo un variopinto mundo de folklore perdido, acaso latente que comienza a revivirse ahora, no con su gracia, por el cambio del llamado progreso, que irrumpe en el paisaje como un vendaval de pesadilla y quita caminos, ladea fincas, deshonorra los pasajes y las ermitas mansas, destrozando e imponiendo su huella fatídica. Porque en Miró se da ese sentimiento desapacible ante el nuevo paisaje, como ante la insensibilidad de algunos de sus personajes con los animales.

Años y Leguas es, sin duda, la pieza

1 Antonio Revert Cortés, “Agrés en la obra de Gabriel Miró”, 1984.

más proustiana de nuestro escritor. Soberbio bloque de paisajes y de narraciones desde la mente de Sigüenza sobre tiempos pasados que busca todavía, ante la presencia de sus fantasmas familiares y de niñez, ese “rescoldo de sol...” al filo de una tapia ignota. Como en Marcel, pasan por su imaginación los paisajes y las ciudades del mar, con el brillo y gracia de su toponimia: Benidorm: “baño disastro de ricos en vacaciones”, Callosa de Ensarriá: “pueblo moruno acortezado”, Taberna, Parcent, Benichembla, Senija, Sagra, Orba, Ibi, Tibi, Famorca, Benisa, Jávea, el Peñón de Ifach, el monte “...más excelso de España”, Altea la Nueva: “encima de la costa”... Altea la Vieja: “Empinando su espadaña en un alcor de frutales”, Polop: “moreno y apretado, con su torre como un cántaro de asas chiquititas y la corona antigua de su cementerio...”, Nucía: “toda blanca...”.

Paisajes blancos, azules de mar, grises de un fondo indefinido que parece ser un sueño, entre lo real y lo imaginario. Gabriel Miró cincela con su magistral prosa, bellísima, el trajín del tiempo perdido entre años y leguas vividas y asomándose ya a un momento más desapacible. Pero hay un renacer en la contemplación de sus paisajes, sus olores y presagios, connotaciones desde tapias ocreas y las viejas cerezas del cementerio, que son como un aire limpio entre los secarrales de las tumbas que guardan la memoria.

Nosotros buscamos en el maestro la luz y el camino para volver a encontrarnos con las horas felices desde los paisajes galvanizados en torno al Sureste, pero que la magia de la memoria nos hace volver a vibrar, entendiendo lo que decía Miró: “No hay más que un heroísmo; ver el mundo según es, y amarle”.

Plauto